

REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

Depósito Legal: J 696-2013

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

ISSN: 2341-0086

Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

14ª Edición: diciembre del 2026

Enlace a la página Web: <http://www.revistapenelope.com>

Email: encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com

Teléfono de contacto: 617 91 87 97

Relato
de
Arturo Palenzuela Reyes

Thelma Tulia, escritora

Autor: Palenzuela Reyes, Arturo

Titulación académica: Graduado en Filología Hispánica por la UAL

Correo electrónico: apr506@inlumine.ual.es

No he conocido a nadie con mayor deseo por ser escritora que el que tenía la señora Tulia, ni creo que pueda llegar a existir; sé que las pasiones no son mensurables, pero me resulta inimaginable que alguien pueda albergar un anhelo superior. Fue la suya una ambición tardía, pues comenzó a manifestarla frizando ya la edad de cuarenta años, pero de una vehemencia que superaba con mucho cualquier delirio adolescente: alcanzar la condición de escritora —lo que quiera que eso sea— monopolizó cada mínimo aspecto de su vida.

El límite entre la pasión y la locura es difuso. Si el artista debe habitar más en una u otra región es un tema tan delicado como transitado a lo largo del tiempo. No son pocos los que opinan que solo franqueando la barrera que separa ambos territorios se obra lo extraordinario; en lo que a mi opinión respecta, me limito a citar aquí las acepciones que registra el ejemplar de *Thesaurus. Gran sopena de sinónimos y asociación de ideas* de mi biblioteca para la entrada de *extraordinario*: «inconcebible, asombroso, extravagante, sensacional, impresionante, raro, formidable, ridículo, indecible, deforme, insólito, tremendo, incongruente, excesivo, desproporcionado, monstruoso».

Antes que a la señora Tulia, conocí a su hijo. Ahora todo el mundo conoce a su hijo, pero yo le conocí, por decirlo de alguna forma, antes de que el gran público le conociera: hace algo más de una década.

Quintero fue alumno mío. Es decir, fue alumno de muchos, pero también mío. Ustedes me entienden. Cuando algún alumno trasciende, cuando triunfa en algún ámbito público —este adjetivo es fundamental—, todos los profesores quieren apropiárselo de una extraña manera. «Fue mi alumno», suelen decir, como si les perteneciera, *de facto*, parte de su mérito. Conmigo, solo cursó dos modestas asignaturas: un par de trabajos, una exposición por cuatrimestre y ningún examen. Con *modestas* quiero decir que no le importan a nadie, ni a los alumnos ni a la universidad. Pocos vienen a clase —no les culpo—, la asistencia no es obligatoria; en la práctica, son imposibles de suspender.

Su muerte me impresionó, como a todos, pero no tanto como su éxito: repentino, trágico, fulgurante. La historia es bien conocida. Quintero se había suicidado antes de cumplir los veintiún años, en su tercer curso de carrera. Junto a su cuerpo, dejó una carta cerrada dirigida a su madre (quien la leyó y destruyó antes de que llegara ninguna autoridad; conducta que amonestaron tanto la policía como los cronistas más morbosos) y una caja de zapatos. La caja contenía un abultado legajo de hojas mecanografiadas que, según declaró la madre, se trataba de la genial primera novela de su hijo.

Como pudo saberse más adelante, Quintero había enviado la novela, bajo pseudónimo, a multitud de editoriales, de las cuales no había recibido contestación alguna salvo las consabidas respuestas protocolarias. La principal motivación del suicidio se achacó a la depresión experimentada por el rotundo rechazo de su obra.

Pasado un tiempo, la madre se presentó con la caja y el manuscrito en el despacho de O., profesor de la facultad y novelista de cierto prestigio. Esta le pidió, por favor, que lo leyera: confiaba en su criterio, él era un escritor consumado, había publicado con grandes editoriales. Si le parecía bueno (ella estaba convencida de que lo era), debía ayudarla a ver cumplido el sueño de su hijo. El profesor, por supuesto, aceptó su lectura; era lo menos que podía hacer por la memoria del estudiante. Le prometió ser sincero respecto a la calidad del texto y la emplazó en una semana en su despacho para darle su opinión. A la mañana siguiente, con las primeras luces del día, el profesor telefoneó a la madre. Por educación, no la había llamado de madrugada: era una obra maestra, él se encargaría de todo.

Se trataba de la novela inédita de un joven que se había quitado la vida por la literatura, muy ciega debía de estar la editorial que no quisiese hacerse cargo de ella, aunque solo fuera por puro interés comercial.

Siguiendo la recomendación del director de la editorial donde el profesor había publicado sus últimos trabajos, la obra fue presentada a concurso en el prestigioso premio que el propio sello organizaba. Como habían previsto, el galardón catapultó la novela de inmediato convirtiéndola en un éxito de ventas. Durante el primer año, mientras la historia del suicidio y el manuscrito aún ocupaba noticias, reseñas y suplementos culturales, las reediciones se sucedieron de manera relativamente constante; hasta que, como sucede con cualquier moda, un nuevo fenómeno literario se abrió paso en el mercado y la novela cayó en el olvido.

Confieso que tardé bastante tiempo en leer la novela. Años. Aparte de mi desidia generalizada por la literatura contemporánea, una mezcla entre envidia y actitud prejuiciosa me hizo retrasar enormemente su lectura a pesar de que mi mala conciencia me recordara, de cuando en cuando, que debía ponerme a ello.

En primer lugar, debo admitirlo, la envidia. Sí, envidia de su éxito, aunque Quintero no hubiera podido disfrutarlo en vida; si es que alguien puede disfrutar de la fama una vez muerto. Luego, el prejuicio. Uno tiende a pensar que un superventas, por el mero hecho de ser consumido en masa, no puede tratarse nunca de literatura con mayúsculas; menos aún, la novela primeriza de un estudiante. A todo ello, hay que añadir una verdad, para algunos, incómoda: que un escritor se suicide no hace genial su obra.

Efectivamente, era una buena novela; no magistral, pero bastante más aceptable de lo que me esperaba. Tal y como había leído hasta la saciedad —las reseñas se reseñan entre sí—, «esencialmente autobiográfica, aunque con algunos elementos ciertamente originales». La historia, por supuesto, se desarrolla en nuestra ciudad, que «acaba por erigirse como un personaje más». Pude reconocer en su protagonista a Quintero; si bien, «exagerado hasta el esperpento». No llegué a conocerlo hasta ese punto, ni mucho menos, pero infiero que «los pocos personajes que acompañan a su *alter ego* se corresponden con el que fue su reducido círculo social». El padre del protagonista «es una ausencia a la que se alude de manera constante»; algo, por otra parte, «esperable, si tenemos en cuenta que Quintero fue abandonado por su padre nada más nacer»; la madre, «probablemente el personaje mejor logrado de todo el libro», se presenta como «un ser complejo y desquiciado; sus monólogos interiores, geniales y delirantes, dejan en el lector una huella imborrable».

Sin embargo, lo que verdaderamente llamó mi atención —y es algo que pocos críticos han mencionado— son los continuos y velados guiños a innumerables obras de la literatura universal, «un delicioso recorrido que abarca desde la *Epopéya de Gilgamesh* hasta la narrativa más novedosa»; una ingente nómina de títulos de la que ni siquiera yo, que fui su profesor de Literatura Comparada, estoy seguro de haber captado en su integridad. ¿De dónde había sacado Quintero no ya semejante cantidad de conocimiento, que podía haber buscado y compilado pacientemente en diversos manuales de literatura, sino un estilo tan maduro y depurado? De ninguna manera podía ser aquella su primera obra, forzosamente debían existir otros manuscritos, aunque fueran ensayos o relatos. De ser así, ya estaría todo en manos de la editorial, seguro que el editor se habría encargado de hacerse con ellos; aunque era extraño, ya había pasado mucho tiempo desde el lanzamiento del libro y no habían comentado nada al respecto ni se había publicado nada más, no tenía sentido que hubieran dejado escapar la oportunidad de oro que les había brindado el enorme escaparate del

premio. No podía no intentarlo, debía ponerme en contacto con su madre. Al fin y al cabo, su hijo también había sido alumno mío.

Quien sí aprovechó la ocasión fue O. Muchos le atribuyeron a él el descubrimiento de Quintero —tampoco lo negó—, el “niño prodigio”, lo que repercutió directamente en las ventas de sus propias novelas, cuyo ritmo de escritura y publicación se aceleró de forma inusitada. También le ofrecieron una columna en un diario de tirada nacional y un puesto de editor en una editorial menor; suficiente para aventurarse a tramitar su excedencia y abandonar las aulas. Crucé los dedos para que su correo institucional siguiese activo: O. constituía mi único nexo directo conocido con la madre de Quintero.

Habían pasado varias semanas desde que le había escrito a O., quizá meses. Ya había perdido toda esperanza de recibir contestación alguna. Recuerdo estar en la cafetería de la universidad, entre clases, cuando me llegó el mensaje. Nada más sentarme con el café en una mano y el teléfono en la otra, apareció en la pantalla la ansiada notificación: «Estimado colega». Respiré hondo, lo abrí y comencé a leerlo con el corazón en un puño.

Resultó un inesperado jarro de agua fría. Aunque tuviese a la madre de Quintero delante de mí, comenzaba diciéndome O., no iba a conseguir nada de ella, pues padecía una demencia rápidamente progresiva (aquella era la denominación que habían empleado los médicos). Sonaba muy dramático (y, desde luego, lo era), pero no debía preocuparme, estaba internada en un centro de mayores, muy bien atendida. Por cierto, añadía, el centro costaba una fortuna. Por suerte, todos los gastos se sufragaban con los réditos que seguía reportando la obra de su hijo, tanto el equipo jurídico de la editorial como él mismo se habían preocupado de velar por el bienestar de la madre y dejarlo todo bien atado en lo que a los derechos de autor se refería; eso sí, no había sido fácil, los pocos familiares que conservaban Quintero y su madre resultaron ser «unos buitres de cuidado». Por supuesto, no tenía problema en facilitarme el nombre de la madre y la dirección del centro, pero ya podía ver que de poco me iba a servir. En cuanto a la hipótesis de los manuscritos previos a la novela y a mi generoso ofrecimiento de colaborar en un posible estudio evolutivo del estilo de Quintero —algo tenía que decirle—, podía olvidarlo, no había nada, ya habían peinado el domicilio; si realmente había dejado algo escrito, la madre se había deshecho de ello.

En la primera posdata, se despedía deseándome que todo me fuera bien en «la burocrática institución lobotomizocarcelaria», a la que no pensaba volver «ni por todo el oro del mundo»; en la segunda, me recordaba las palabras que la madre de Quintero le había espetado en su despacho la mañana que acudió a él con el manuscrito de su hijo: «Si hubieran sabido reconocer la buena literatura, nada de esto hubiera pasado».

Tras responderle sucintamente dándole las gracias, anoté el nombre completo de la madre en mi libreta y subí de inmediato a mi despacho.

Encendí el portátil y tecleé su nombre en la barra del explorador. Revisé una a una las primeras diez páginas de resultados. Las noticias sobre ella eran repetitivas, contaban una y otra vez la misma historia: la de una madre que, luchando por la obra de su hijo fallecido, había conseguido no solo que le publicasen póstumamente, sino que su libro se situara en las listas de las mejores novelas de la década. Mi interés se centró, pues, en las entrevistas. Necesitaba saber si aquella mujer había mencionado en algún lugar, por remoto que fuera, la existencia de más escritos de su hijo.

Estaba a punto de abandonar, resignado, la búsqueda cuando me topé con un blog muy antiguo: *Los escritos de Virginia Green*. La primera entrada databa del año dos mil uno. El nombre y los dos apellidos de la creadora coincidían con los de la madre de Quintero, aunque la foto de perfil tenía una resolución tan baja que la verdad era que podía tratarse de cualquier otra persona.

Las publicaciones abarcaban, de la más antigua a la más reciente, algo más de ocho años. Los registros eran bastante irregulares: había meses con una publicación diaria, otros con tan solo dos o tres entradas en todo el mes, y algunos con varias el mismo día. Rara vez tenía algún comentario; la mayor parte de las interacciones consistían en escuetos saludos, simples emoticonos o *spam* publicitario. Los textos, breves y de corte *kitsch*, estaban plagados de solecismos y faltas de ortografía, pero, de alguna manera, su lectura me resultaba adictiva. Despertaban en mí una combinación de vergüenza ajena y curiosidad antropológica. Estaban tan mal escritos que uno acababa por preguntarse qué clase de persona estaría detrás de ellos y, sobre todo, qué la motivaba a perseverar por tan largo tiempo; ocho años eran muchos años.

Por la tarde, ya en casa, seguí navegando de publicación en publicación hasta alcanzar la última de todas; es decir, las más cercana en el tiempo, de diciembre del dos mil nueve. La entrada no tenía nada de especial, una felicitación navideña acompañada de un pequeño cuento, sin embargo, la elevada cifra de comentarios era llamativa: 47. Al clicar en el número, una cascada de mensajes inundó toda la pantalla: «¿No te cansas de escribir esa mierda?», «¿Por qué usas pseudónimos si no te conoce ni Cristo?», «¿Crees que los nombres extranjeros te hacen más interesante?», «¿Sabes que poner *escritora* detrás de tu nombre no te convierte en una?». Y aquello parecía ser todo, el blog se acababa con una interminable lista de insultos.

Abrí una nueva ventana en el explorador, volví a teclear el nombre completo de la madre y busqué directamente a partir de los últimos resultados. Ni rastro, no existía ninguna otra página web asociada a ella. Regresé entonces al perfil de usuario del blog. Debajo de la imagen pixelada de la autora aparecía un correo electrónico.

Lo copié y pegué en la barra de búsqueda. ¡Eureka! Una larga y fascinante serie de blogs, que la usuaria abría y cerraba cada vez con un nombre diferente, se abría ante mí.

Me paseé por ellos durante horas, hasta que me topé con una imagen que a punto estuvo de hacerme caer de la silla. Bajo una extensa reseña del *Amor y pedagogía* de Unamuno, había insertada una fotografía entrañable: un pequeño Quintero, de unos seis o siete años, aparecía sentado en el suelo sosteniendo un enorme libro abierto en su regazo. En el pie de foto, con una fuente de trazos alargados y fantasiosos, podía leerse lo siguiente: «El verdadero protagonista de la historia de mi vida, mi más perfecta creación».

He de admitir que, con el paso de los años, su escritura había mejorado ostensiblemente. Al menos, sus textos estaban estructurados de manera coherente y sus errores gramaticales y ortográficos se habían reducido hasta casi desaparecer. En sus blogs, alternaba cuentos breves con reseñas de libros (me resultaban especialmente conmovedoras las dedicadas a libros infantiles y juveniles, donde creí intuir las primeras lecturas de Quintero), o sencillamente transcribía párrafos y aforismos de sus escritores favoritos. En ocasiones, también hacía alusión a los foros de escritura en los que participaba, cuya comunidad (había que «hacer comunidad») era digna de admiración («compañeros aficionados, pero que se esforzaban como los que más»), así como los diversos cursos («carísimos, con grandes de las letras») en los que se matriculaba («no por el diploma, no tenía necesidad de demostrarle nada a nadie, sino para disfrutar de la oportunidad de hablar de tú a tú con otros escritores de verdad»), tras los cuales compartía («generosamente, pues escribir es dar») sus apuntes y ejercicios de escritura creativa. Asimismo, cada cierto tiempo, informaba del lanzamiento de un nuevo libro: todos autoeditados, todos bajo pseudónimo. Lo único que no parecía variar en el tiempo, amén de sus fracasos mercantiles, eran sus furibundos ataques contra el mercado editorial y la patente idiocia de los lectores.

Avanzada la noche, llegué finalmente al blog más reciente que había conseguido rastrear; si los cálculos no me fallaban, debía de coincidir, de manera aproximada, con el inicio de la época universitaria de Quintero. Llevaba por título *Thelma Tulia, escritora* (por alguna razón que se me escapa, aún hoy, la recuerdo más por este apelativo que por su verdadero nombre). En la portada, la página se describía como un apasionante viaje a través de la historia de la teoría narrativa. Tres años, treinta y tres autores, un mes dedicado a cada uno de ellos; excepto al último, Aristóteles, el más importante, al que consagrarían tres meses de estudio.

El listado era, cuanto menos, ambicioso: «I. Claudio Guillén», «II. Mieke Bal», «III. Umberto Eco», «IV. Argildas Julius Greimas», «V. Gérard Genette», «VI. Tzvetan Todorov», «VII. Roland Barthes», «VIII. Claude Lévi-Strauss», «IX. Northrop Frye», «X. Erich Auerbach», «XI. Vladimir Propp», «XII. Mijaíl Bajtín», «XIII. Roman Jakobson», «XIV. Henry James», «XV. Victor Hugo», «XVI. Madame de Stäel», «XVII. Georg Wilhelm Friedric Hegel», «XVIII. Friedrich Schiller», «XIX. Denis Diderot», «XX. Gotthold Ephraim Lessing», «XXI. Nicolas Bioleau», «XXII. Lope de Vega», «XXIII. Torquato Tasso», «XXIV. Sir Philip Sidney», «XXV. Christine de Pizan», «XXVI. Giovanni Boccaccio», «XXVII. Dante Alighieri», «XXVIII. Geoffrey de Vinsauf», «XXIX. Boecio», «XXX. Plotino», «XXXI. Longino», «XXXII. Horacio», «XXXIII. Aristóteles». La aventura, anunciaba, culminaría con la publicación de su mejor y más canónica novela.

Despuntaba el alba. Se me cerraban los ojos. Antes de cerrar el portátil, me dirigí a la última entrada, «Aristóteles: La tragedia perfecta». En ella, se recogían algunos fragmentos de la *Poética*:

«La anagnórisis más hermosa [esto es, el reconocimiento, saber quién es realmente quién o qué ha hecho quién] es la que tiene lugar al tiempo que la peripecia, como la del Edipo».

«Dos partes del argumento son la peripecia y el reconocimiento; la tercera es el padecimiento. (...) El padecimiento es una acción destructora o dolorosa, así, las muertes a la luz pública, los dolores agudos, las heridas y demás cosas semejantes».

«Cuando los padecimientos atañen a personas unidas por lazos de parentesco, tal como si un hermano mata o va a matar, o hace algo parecido, a otro hermano o un hijo a su padre, o una madre al hijo, o un hijo a su madre, estos son los padecimientos que deben buscarse».

«Lo mejor es que el que actúa desconozca lo que hace [por ignorancia, delirio o demencia], y que, una vez realizada la atrocidad, venga el reconocimiento, pues así no hay algo infame y el reconocimiento causa sorpresa».

Almería, 18 de agosto de 2025

NOTA DEL AUTOR

Leí *La conjura de los necios* en el año 2009; lo sé porque acabo de levantarme para consultar el ejemplar de portada amarilla de la colección *Compactos* de Anagrama que compré cuando vivía en Sevilla, tenía veintidós años y estudiaba guitarra clásica en el Conservatorio Superior de Música. La contraportada nos dice —me dijo— que John Kennedy Toole nació en 1937 y murió en 1969 (esto es, que no llegó a la edad de Cristo), que el libro se publicó de manera póstuma, que con él ganó el Premio Pulitzer, y que el autor tiene aún una novela más: *La Biblia de neón*; aunque publicada con posterioridad, su primera novela.

En aquella época —y, para qué negarlo, todavía hoy—, me obsesionaba la edad con la que los escritores habían publicado su primer libro, cuántos obras habían escrito a lo largo de su vida y de qué tamaño eran; también, con cuántos años habían muerto y de qué. Tras una breve búsqueda (quizá fuera desde el móvil, en la misma librería, o en casa, antes o después de comprar el libro, no lo recuerdo), averigüé que Toole había escrito sus dos únicas novelas con 16 y 25 años, que se había suicidado a los 32 conectando un extremo de una manguera de jardín al tubo de escape de su coche y el otro a la ventanilla del conductor, que su madre había destruido su nota de suicidio antes de que nadie pudiese leerla y que había conseguido que la obra de su hijo se publicase póstumamente gracias a entregar sus manuscritos al escritor Walker Percy.

De lo que sí guardo un recuerdo nítido es de pensar nada más conocer la historia: lo mató su madre; el libro lo escribió ella, y la mejor manera de asegurarse su éxito era invertir al libro de un aura truculenta.

El nombre de la madre de John Kennedy Toole era Thelma D. Toole (de ahí, huelga decirlo, Thelma Tulia); Thelma (>θέλημα) es un nombre griego, y significa ‘determinación’, ‘voluntad’, ‘deseo’. Quintero pretendía ser sucedáneo de Kennedy.

Durante todos estos años, cada vez que he escuchado hablar de *La conjura de los necios*, en una suerte de broma interna, he pensado: «Ah, sí, ese libro lo escribió la madre». No puedo decir que aquella idea haya madurado: es la misma que el primer día, solo que ahora está escrita.